

PRECIOS

MADRID

Tres meses..	9 rs.
Seis id. . . . .	16 »
Un año. . . . .	30 »

PROVINCIAS

Tres meses..	10 rs.
Seis id. . . . .	18 »
Un año. . . . .	34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION,

Plaza de Matute, núm. 2.



PRECIOS

EXTRANJERO

Tres meses..	22 rs.
Seis id. . . . .	38 »
Un año. . . . .	74 »

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.

AMÉRICA

Seis meses..	38 rs.
Un año. . . . .	70 »

FILIPINAS

Seis meses..	60 rs.
Un año. . . . .	100 »

ADMINISTRACION,

Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA

—Vamos á ver, D. Meliton, ¿V., es sagastista ó zorrillista?

—¡Hombre! le diré á V.: yo soy ambas cosas; zorrillista y sagastista.

—Yo creí que iba V. á hacer dimision.

—¿Dimision yo? No, señor; si yo soy entusiasta de Sagasta y entusiasta de Zorrilla. Mire V.: á V. se le puede hablar con franqueza; ya sabe V. que yo nunca he sido nada, que ántes de la revolucion no tenía sobre qué caerme muerto, y andaba á salto de mata, y no me dejarán mentir los sastres, patronas, estanqueras, mozos de café y prestamistas, á quienes tanto debo y deberé toda la vida. Vino la revolucion, y me he encontrado de pronto hecho un personaje, con cruces, con empleo, con votos y con todo lo que no habia podido soñar, porque crea usted que hace tres años me hubiese echado á los piés de quien me hubiese proporcionado un sueldo de seis mil reales... Con que dígame V. ahora si yo seré zorrillista ó sagastista. Yo soy zorrillista, sagastista, topetista, serranista, martista, riverista, y todo lo que sean estos hombres, estos grandes hombres de la revolucion, que para mí, per-

dóneme Dios, son otros tantos dioses, porque me han sacado de la nada.

—¡Hombre! me gusta V. siquiera por lo franco.

—Si, señor; yo lo soy siempre, y no tengo inconveniente en decir que ántes de la revolucion no era nada, ni podía ser nada, ni tenía, ni tampoco ahora, méritos para ser nada. Y como yo hay muchos.

—Dice V. bien.

—Si, señor; muchos hay que eran ménos que yo. Con que ¿qué serian?

—¿Por qué estás con esa cara, mujer?...

—Te lo diré; porque me duele que tengas ese genio tan encogido, y te quedes detras de todos. Tus amigos todos tienen grandes posiciones, y tú no sales nunca de tus diez y seis mil reales.

—Ya sabes que no tengo carácter para la intriga ni para la adulacion, que son los dos medios de hacer carrera. Yo soy ademas hombre modesto.

—Pues á mí me carga ser modesta. ¿Por qué no pides alguno de esos nuevos destinos que hay en la situacion?

—¿Qué destinos?

—Mira, este periódico habla de ese D. Martin Cuquin que vive ahí enfrente.

—Si, buen pez.

—Y dice, míralo: «El Excmo. Sr. D. Martin Cuquin, se ha elevado ya á la categoria de punto negro de la situacion.» ¿Por qué no haces que te hagan punto negro siquiera?

—Vaya, vaya, chica, hazme el favor de no leer periódicos, y no me quieras ver convertido en punto negro.

—Pues, qué, ¿es algo malo?

—No, malo no es, porque á los puntos negros no les va muy mal, pero no me conviene á mi eso.

—Pero, chico, no vuelvo de mi asombro; ¡tú gobernador de provincia!... Cuando tei que venia aquí de gobernador D. Zacarias Cascajo, creí que sería otro de tu nombre.

—Pues soy yo mismo.

—Pero, hombre, ¡tú que has estudiado?...

—Para farmacéutico, ya lo sabe V., tio.

—¿Y cómo desde aprendiz de farmacéutico has podido venir á parar en gobernador de provincia?...

—Mire V., el año 68 pronuncie el pueblo donde estaba de ayudante de la botica, y me fui á Madrid con Becerra cuando pasó por allí de vuelta de la emigracion.

—¿Tú conocias á ese señor?

cogió una silla y fué á sentarse al lado de Blanca, que seguia llorando en silencio.

—¿Os creéis, pues, tan desgraciada? le preguntó el marques con emocion.

—Si, señor, respondió Blanca sollozando, pero con aquel acento dulce que no la abandonaba jamas.

—¿Cómo echais de ménos la triste morada del barbero, en donde no disfrutábais de ningun placer?...

—¡No es la casa de mi protector la que echo de ménos!

—Aquí podeis ser la mujer más dichosa del mundo; todos vuestros deseos serán satisfechos, vuestros caprichos serán órdenes; tendreis los más ricos vestidos, las joyas más hermosas y de más valor...

—Yo, señor, no quiero nada de eso.

—Siempre no pensareis de ese modo, hermosa niña; creada para agradar, para que todos os rindan homenaje, quiero que llegue un dia en que vuestros atractivos, vuestra hermosura, unida á la magnificencia de vuestros trajes, eclipsen á todás las hermosuras que encierra Paris.

—No os comprendo.

—Olvidad los años que habeis pasado sin ver el mundo y preparaos á entrar en una nueva vida... este sitio se convertirá en una mansion llena de delicias; las fiestas y los placeres se sucederán sin interrupcion, desde el momento en que vuestros hermosos ojos recompensen mis esfuerzos con una mirada! El barbero no merece vuestra amistad: si os ha tenido á su lado no ha sido más que por su propio interes; y por lo tanto, no teneis por qué estarle agradecida. En cuanto á ese jóven con quien os iban á casar con el objeto de desembarazarse de vos, es un niño, segun me han dicho, y os olvidará bien pronto.

—¡Olvidarme Urbano! exclamó Blanca haciendo un movimiento convulsivo.

Despues se dejó caer sobre su silla y continuó con tono muy tranquilo:

—No, Urbano no me olvidará nunca, porque yo le amaré siempre y nuestros dos corazones no tienen más que un solo sentimiento.

El marques, al oír estas palabras, se levantó lleno de despecho, dió algunos pasos por la habitacion, y murmuró al cabo de un momento:

—Es inútil que mantengais ese sentimiento en vuestro corazon, porque jamas volvereis á ver á ese Urbano, á quien detesto sin conocerle.

Blanca alzó entónces los ojos y los fijó suplicantes en el marques; despues

agitado: ¿Ha perdido el conocimiento!... ¿No hay ninguna mujer en el castillo?

—Si, señor marques, contestó German, el cual llamó á Maria, apareciendo la aldeana al cabo de un momento en la habitacion.

—Cuidad á esta jóven, le dijo el marques, y no os separeis de ella ni un momento... Si tarda en volver en sí, avisadme.

—Sereis obedecido, respondió la aldeana, mientras que Villebellé salia de la habitacion seguido de German.

El marques, fatigado por la rapidez con que habia caminado desde Paris, se dirigió á su habitacion, y se arrojó sobre un lecho. Mientras que German le desnudaba, se informó de lo que habia hecho Blanca desde su llegada al castillo.

—Señor, le dijo German, creia que estaba en casa de uno que se llamaba Urbano, y siguiendo vuestras órdenes no la he dicho la verdad.

—Parece que le ama más que lo que yo creia, dijo Villebellé, suspirando.

—¡Oh! señor, ¡amor de niña!... ¡Un fuego que se apaga por sí mismo!...

—¡Ojalá tengas razon!... Pero no se parece á las demás mujeres que he visto... Hay en ella un candor... una franqueza... en fin, un no sé qué que infunde respeto... ¡No puedo explicar lo que siento al verla!... ¡Sus lágrimas me impresionan de una manera terrible!... A fuerza de cuidados y de cariño es como yo quiero triunfar de ella. ¡Quizás necesitaré mucho tiempo para conseguir mi objeto!... pero no importa, me siento capaz de sostener mi pasion y de hacer todo lo que me exija. Ya lo ves, German, me he enamorado de veras... no me reconozco; cree que junto á Blanca sería más tímido que un niño.

—No sabemos, señor, cuánto tiempo durará eso...

—¡Ah! ¡No comprendes lo que siento!... Mañana por la mañana partirás para Paris, y comprarás todo lo más bonito y mejor que encuentres en sedas, encajes, terciopelos y alhajas; yo te daré todo el dinero que creas necesario, pero no escasees nada de lo que pueda agradar á Blanca.

—No tengais cuidado, señor marques.

—¿Cuántos criados hay en el castillo?

—El viejo conserje, que no se aleja nunca de la puerta, y el cual se cree guardian de una ciudadela, y su hija Maria, que es la que habeis visto hace un momento; es la única mujer que he encontrado en el castillo.

—¿Y podrá servir á Blanca?

—No señor, pero entramos juntos en Madrid, le abracé varias veces, fuimos á su casa, él echó un discurso desde el balcon y yo otro desde la esquina, y me hice un republicano feroz. Luego ví que la cosa se ponía monárquica y escribí un artículo pasándome á los monárquicos, y, en fin, soy hombre político y gobernador de esta provincia.

—Pero ¿tú sabes algo de administracion, de estadística, de legislación?...

—Ya me iré enterando. Además, aquí creo que hay un oficial con 6.000 reales que está hace veinte años, y es de quien se sirven todos los gobernadores. El es el que lo hace todo, segun me ha dicho mi antecesor, y por eso se le conserva aquí. Conque á ver si me dice V. cuál es la muchacha más rica de la provincia para casarme con ella, porque esto de ser gobernador dura poco, hasta que cambie el gobierno.

—Pues, señor, estoy absorto; ¿gobernador tú, que no sabes nada!

—Tío, V. está muy atrasado.

—Y tanto.

—Ahora, un hombre que á los veintiseis años no ha sido gobernador, es un infeliz á quien nadie mira siquiera.

—¡Alto!

—¡Jesus! Perico, me has asustado.

—Chico, ahora esa es la nueva manera de saludar.

—¿Qué noticias hay?

—No sé nada; dicen que los panaderos se van á declarar en huelga.

—Entonces comeremos alfalfa.

—Y los carniceros tambien; no van á matar.

—Me alegro.

—Y los zapateros, y los sastres, y las verduleras, y los serenos...

—Pues, hombre, yo creo que es llegado el caso de declarararnos en huelga todos y echarnos á la calle á pasearnos y á pronunciar discursos.

—Yo no quisiera más que una huelga de cierta respectable clase.

—¿De qué clase?

—La huelga de los médicos; mejoraría el estado sanitario.

—Te engañas; sería un conflicto terrible, porque los sepultureros, viéndose sin trabajo, serian capaces de

hacer una revolucion para que no se perdiera el oficio.

—Diga V., ¿sabe V. cuántos cuadros de los de la Exposicion han comprado en Palacio?

—¡Hombre! ninguno; porque si se hubiera comprado alguno ya lo habrian propalado con bombo y platillos los periódicos ministeriales.

—Y los ministros, ¿cuántos han comprado?

—Ninguno, hombre; ¿para qué quieren más cuadros que los de género que se ven en las sesiones del Congreso?

—Y los embajadores de Italia y de Portugal ¿han comprado?...

—No sé; pero creo que no.

—Pues, hombre, el último debia manifestar de algun modo su agradecimiento por haber sido premiados los portugueses.

—Todavía no es tarde.

—Y la grandeza, ¿ha comprado cuadros?...

—Pocos, muy pocos.

—¿Y los banqueros?

—Esos compran papel, que está barato.

—¿Y V.?

—Yo los he comprado todos.

—¿Todos?

—Sí, señor; he comprado el Catálogo por 2 rs., y allí están todos.

—¿Quién protege á los artistas en este pais?

—Nadie, hombre, nadie. ¿No ve V. que no hacen revoluciones, ni echan discursos, ni promueven huelgas, ni llaman á Dios de tú, ni siquiera hablan en defensa de *La Internacional*?

—Me ha convencido V.

## UNA DOCENA DE MARIDOS ELEGIDOS.

RETRATOS DE CUERPO ENTERO QUE PINTA UN CABALLERO PARTICULAR PARA EJEMPLO DE LOS MOZOS, MEDITACION DE LOS CASADOS Y REGOCIJO DE LOS VIUDOS.

### IV.

Perico.

(Conclusion.)

El año pasado encontré á Perico en Florencia, en el teatro. Su mujer, con el nombre de la Gallini, cantaba

allí los imposibles, es decir, todas las óperas del repertorio. Mucho se alegró de verme el bueno de Perico, y yo tambien, porque me hallaba, á la verdad, aburrido donde no conocia más que á algun que otro politiquillo cursi de los que habian ido á regalar la corona de España, y estaban rezagados por allí, viviendo á costa del pais (el nuestro, por consiguiente) y dándose aires de personajes.

—¡Hombre! ¡Perico!... ¿qué diablos haces aquí?...

—Chico, lo que en todas partes, nada.

—¡Buena vida!

—Segun y conforme. Mi mujer es la que trabaja.

—Hombre en el primer acto de *El Trovador* se me figuró que era ella, pero como he visto que el cartel nombra á la signora Gallini...

—Mi mujer, chico; hemos italianizado el nombre, en prueba de deferencia al pais.

—Ya veo que tu mujer gusta.

—Sí, eso sí; ella, ya lo habrás notado, no canta como cantaba; la voz se le ha puesto parda, y en los agudos no puede... pero gusta y la aplauden. Como tiene tantos amigos...

—¿Y qué tal te va?

—Chico, bien; ya ves qué gordo me he puesto. Me he acostumbrado á la *vita bona*, á comer y beber y no trabajar, y ya no me hace mella nada.

—Más vale así.

—En los primeros tiempos de mi matrimonio pasé muy malos ratos, y tuve remordimientos de haber derrochado mi patrimonio; entónces hubiera querido ser rico para no permitir que mi mujer cantase más que para mí, pero no tuve más remedio que sucumbir á ser lo que por ahí me llama todo el mundo, un *primo-donno*. Yo quise trabajar, obtener un empleo; pero con esto no podia sostener los gustos de lujo y ostentacion de mi mujer, para la cual la escena tenia muchos más atractivos que la vida oscura y modesta, aunque tranquila, y el amor de su marido. Mi mujer se ajustó, como supiste, y yo empecé mi papel de acompañante y servidor de mi mujer. ¡Qué dos años los primeros!... Ya pasó todo, y ahora vivo tranquilo, ocupado en adivinar los pensamientos y necesidades de mi mujer, y dentro estrictamente de mi papel de *primo-donno*.

—Ven mañana al ensayo, y verás á mi mujer; la verás sentada en el proscenio junto al piano, rodeada de sus

—¡Oh! sí, es un poco tonta, pero fiel y obediente... Su padre me responde de ella; además la señorita Blanca prefiere estar sola.

—¿No hay nadie más?

—Sí, señor, el jardinero que es un viejo imbécil que no conoce más que sus flores... en cuanto á los aldeanos que emplea en los trabajos del jardin, no entran nunca en el castillo... ¡Ah! se me olvidaba: un viejo cocinero, muy borracho, segun creo, y el cual acostumbra á encerrarse en la cueva cuando sus amos están ausentes.

—Está bien, pero aquí necesito personas que vigilen á Blanca, sin que ella sospeche nada, para que no se pueda escapar, si formara el proyecto de hacerlo... de París he traído dos criados que servirán para eso perfectamente. ¡Ah, German, si consiguiera hacerme amar de Blanca qué feliz sería! Pero deseo saber si está mejor... llama á María y preguntala... ¡no puedo seguir sin saber como está!

German salió, y al cabo de un momento volvió con María, que ya habia dejado á Blanca.

—¿Cómo se encuentra? dijo el marques al ver á la aldeana.

—¡Esa jóven?

—Sin duda.

—¡Oh! señor, ya hace un rato que ha vuelto de su desmayo.

—¿Y qué ha dicho?

—¿Qué ha dicho?... ¡Ah! á fe mia que ha dicho una infinidad de cosas que no he comprendido muy bien... Pero ahora me acuerdo; me ha preguntado si era verdad que vos érais el dueño de este castillo; y cuando la he dicho que sí, se ha puesto á llorar.

—¿A llorar?...

—Sí, señor, ha llorado mucho, y despues me ha preguntado vuestro nombre.

—¿Y qué le habeis respondido?

—La he dicho que os llamabais el señor marques.

—¿Y no os ha hecho otras preguntas?

—No, señor.

—¿Y por qué la habeis dejado sola?

—Señor, porque me dijo que la haria un favor dejándola sola.

El marques hizo seña de que te dejaran solo, porque queria poder abandonarse sin testigos á los sentimientos que experimentaba. Le llenaba de

placer la idea de tener á Blanca en su castillo; pero la pena que ella experimentaba le llenaba de tristeza y turbaba su dicha. No se atrevia á volver á ver á la jóven en el estado de tristeza en que se hallaba, y decidió por lo tanto no verla hasta que hubiera pasado la primera impresion de su dolor. Se arrojó sobre su lecho para descansar un momento; pero el sueño huía de él; la imagen de Blanca se le presentaba sin cesar ante sus ojos, y al mismo tiempo recordaba todos los errores de su juventud, que en vano pugnaba por alejar de su mente.

Mientras que Villebelle se esforzaba en no atribuir más que al amor su insomnio y su agitacion, Blanca pasaba derramando amargo y copioso llanto aquella noche, que habia esperado con tanta impaciencia. Convencida al fin de que se hallaba en poder de un hombre, al cual la habia entregado el barbero, comprendia todo lo horrible de su situacion. Sin embargo, como Margarita la habia acostumbrado á tener confianza en la divina Providencia, y como no podia dudar del poder de ésta, dirigió al cielo sus fervorosas súplicas, rogando al Todopoderoso que la reuniera pronto con Urbano.

De rodillas, con los ojos elevados al cielo y derramando abundantes lágrimas, fué como pasó toda la noche, hasta que empezó á lucir la aurora.

Cuanto fué de dia vino María á tomar sus órdenes; pero Blanca no queria nada, ni deseaba nada más que la libertad.

Al cabo de una hora entró el marques en la habitacion de Blanca. La jóven no le vió entrar; se encontraba con la cabeza inclinada sobre el pecho y sin poner atencion en nada.

Villebelle hizo seña á María de que saliera, y despues contempló en silencio á la jóven que se hallaba sumida en la desesperacion, porque era hermosa y habia tenido la desgracia de gustar á un hombre rico y poderoso, que no pensaba más que en abandonarse á sus pasiones.

Sin embargo, el cambio que se habia operado desde la víspera en el rostro de Blanca, sus ojos enrojecidos por las lágrimas, hicieron en el marques una impresion desagradable: mejor hubiera preferido que le hubiera llenado de reproches que presenciar aquel dolor mudo y profundo; al cabo de un momento, dió algunos pasos para que su víctima se apercibiera de su presencia.

Blanca alzó entónces los ojos, miró al marques, y sin mostrar más que una ligera turbacion, volvió á dejar caer la cabeza entre las manos.

Villebelle esperaba quejas y gritos; y sorprendido con aquel silencio,

amigos, hablando con todos ellos, contestando á una galantería de éste, pagando con una sonrisa á aquel, diciendo secretitos al autor de la ópera nueva que se va á estrenar; pidiendo con mucho mimo un beneficio al empresario, y, en fin, dedicada por completo á los demás, mientras yo, su marido, su guía en este mundo, el jefe de la familia, me paseo por el fondo, entre los tramoyistas y alumbrantes y comparsas, y unos me echan los telones encima, y otros me llenan de aceite, y todos me miran como diciendo:

—¿Quién será este mamarracho?...

Durante la función me verás en los bastidores del teatro, al lado de la doncella que tiene el vaso de agua por si se le ocurre á mi mujer beber; me verás con el abrigo de mi mujer en las manos, pronto á ponérselo cuando entra de la escena, y la verás que á todos los que se agolpan á su paso los saluda con sonrisas y apretones de manos, y á mí ni me mira siquiera. Yo sigo detrás de todos hasta su camarín, y allí entran todos, y yo me quedo á la puerta, y si alguna vez entro, en seguida tengo que desocupar el sitio y dejarlo al primero que asoma por allí, y volver á mi puesto. Cualquier marido puede tener celos, es un derecho que ningún gobierno, por reaccionario que sea, ha negado nunca á los maridos; yo no los puedo tener; no me puedo enojar porque Fulano mire á mi mujer más de lo conveniente, ni porque el tenor la abraze en *Fausto* más fuerte de lo regular, ni porque el tonto marques del proscenio la eche un ramito todas las noches, ni porque Víctor Manuel no le quite ojo, ni porque, después de una gran ovación, al entrar entre bastidores caiga medio desvanecida en brazos del empresario, en fin, por nada de este mundo.

Considera lo que habré sufrido antes de acostumbrarme á estas cosas y á otras.

—Pero tu mujer es buena.

—Hombre, sí, eso sí; mi mujer es buena, pero ¿sabes tú lo que son las apariencias en esta vida del teatro?... Basta la menor cosa, la más leve indiscreción, la acción más sencilla para que la malicia invente las mayores atrocidades, y pocas son, ninguna, estoy por decir, las artistas que están libres de las asechanzas de la más refinada malevolencia, y pocos los maridos que no estemos en berlina. Una artista no puede aislarse, no puede encerrarse en su casa y no oír á nadie; por el contrario, tiene que recibir á todos, que estar bien con todos, que tolerar á todos, porque sino podría encontrar grandes obstáculos en su carrera; los mismos que la aplauden podrían comprometerla, desprestigiarla como artista, y esto sería el principio de su ruina. Una artista ha de ser amable, risueña, expansiva, coqueta, ha de hacerse, en fin, simpática, y así tiene lograda la mitad del éxito.

Hoy me ves aquí, en el público, por extraordinario, porque no tengo costumbre de salir á ver las óperas que canta mi mujer. Muchas veces he oído tales cosas á los espectadores que he tenido que contenerme mucho para no romper la cabeza á alguno. Ya me sucedió en París, donde un majadero, que estaba en la orquesta á mi lado, refería á otro que mi mujer era hija de un ladrón de Sierra-Morena, y que se había escapado con el marques de las Castagnettes, y habiéndola éste abandonado, había tenido que echarse á cantar por las calles, de donde la había recogido el empresario de la ópera, de quien era, vergüenza me da recordarlo, manceba. Á aquel mozo le pegué de bofetones, para curarle de su facilidad en necias y torpes invenciones, y dos días después el gran pillo compró casi todas las localidades, y mi mujer recibió una silba. Desde entonces, no quiero oír ni *saber nada*, y si oigo algo callo como un muerto, y me lo trago todo como un bendito.

Yo no puedo reñir con mi mujer, porque tengo que evitar que se ponga ronca de gritar; yo no la puedo distraer en casa para nada, porque necesita el tiempo para ensayar ó para recibir á sus admiradores; yo no puedo comer con ella solito, porque siempre tenemos á comer á algún músico, ó algún periodista; yo no soy, en fin, un marido como otro cualquiera, sino el marido de la Gallito; es decir, un hombre que hace el papel menos lucido en la cena del teatro y en la del mundo.

—Verdaderamente que tiene sus inconvenientes ser primo-domno.

—No lo sabes bien, y no te aconsejo que trates de experimentar tú mismo esa vida.

—Yo estoy casado ya.

—¿Pero con una artista?

—No, hombre, con una señora de su casa. No tengo tanto dinero como tú...

—Pero tendrás más reposo. Además, no creas que es

oro todo lo que reluce. Mi mujer gana bastante, pero gasta cuanto gana, es preciso, y algunas veces no le pagan y otras tiene que gastar en pleitos, y todo el mundo le pide, y las modistas le hacen pagar á peso de oro lo que le cosen, y los viajes nos cuestan un dineral, y, en fin, los suyos son los dineros del sacristán, que cantando se vienen y cantando se van.

Mi mujer y yo estamos expuestos á quedarnos como el gallo de Moron en cuanto le dé un aire á mi mujer ó le acometa una ronquera, ó tenga un susto, y entonces ya verás cómo nos divertimos.

Esto me dijo Perico y se fué corriendo, porque iba á levantarse el telón y tenía que estar entre bastidores á disposición de su mujer, y yo me quedé viendo la ópera, y oyendo las atrocidades que decían los espectadores acerca de la Gallito, calumniándola seguramente.

## LA SITUACION.

¡Bonita situación!

La cosa se va poniendo cada vez más arreglada.

Así como los enamoradizos escarmentados exclaman, ó tienen motivo para exclamar: «¡Ay, amor, cómo me has puesto!», España entera puede decir llorando á todo llorar y recordando los principios de la *gloriosa*: «¡Ay Topete, cómo me has puesto!» Porque ese señor fué el que hizo la *gloriosa* con las fragatitas de que pudo disponer, y sin él todavía estarían los progresistas escondidos por ahí, ó emigrados por allá, y sin poder levantar cabeza, en lo cual crean Vds. que no hubiéramos perdido nada.

Todos los días leo los periódicos, que según dicen, son el vivo reflejo del estado de la política, y auguro á ustedes que si eso es cierto, la política es cosa podrida y perdida en este país, y nadie puede tocarla sin mancharse los dedos.

Causa grima leer los periódicos; no busquen Vds. en ellos grandes ideas sobre administración, sobre buen gobierno, porque nada de eso encontrarán.

Únicamente hallarán chismes y cuentos, denuestos, amenazas, *puntos negros* al descubierto, y no podrán menos de comprender que la política se ha convertido en un gran patio de vecindad, donde los escándalos son más frecuentes que en los más alborotados patios de Lavapiés ó Maravillas.

La prensa es el reflejo de lo que pasa en el Congreso. Allí se dicen cosas horribles, se descubren negocios estupendos, y se pone de manifiesto la miseria, la pequeñez, la descomposición de todos los partidos, y las ambiciones de las más supinas nulidades.

Todo esto nos ha traído el Sr. Topete con su gloriosa.

Ahora todos los absurdos encuentran patrocinadores; todos los *puntos negros* tienen padrinos; todos los ignorantes sueltan los rebuznos que quieren; todo el mundo se ocupa en política; todo el mundo escribe y habla de política, porque estamos en tiempo de libertad.

¿Y qué bienes nos vienen con esa gracia?

Que España se ha convertido en una casa de locos sin gobierno, y que, si Dios no lo remedia, vamos todos á bailar un jaleo que me río yo.

Dos años y medio hace que está amenazando otra gorda; el día que se llegue á armar y salgan los carlistas por un lado, los republicanos por otro, por otro los de *La Internacional*, por allá los voluntarios sagastistas, por acá los voluntarios zorrillistas, y por otra parte los moderados, y los unionistas por otra... va á ser esto el infierno más completo. Hasta ahora nos hemos podido ir librando de tiritos; pero el día que suenen, les digo á Vds. que va á ser cosa de tener globos dispuestos para irse á ver la cosa desde las nubes.

¿Y no saldrá un hombre de empuje que meta en cintura á unos y á otros, y acabe con tantos farsantes de todos colores, que tanto pesan sobre el pobre país?...

No le habrá, no; nadie arregla por ahora esta gran plaza de toros; mudaremos de cuadrilla y de divisas, pero el ganado seguirá siendo el mismo y las *suertes* las mismas.

Nos hace muchísima falta O'Donnell.

Si él viviera, no digo que no habría algunos farsantes figurando en la política, pero, hombre, no habría tantos, de fijo que no habría tantos.

En fin, llévenlo Vds. todo con paciencia y no se enojen si figuran tantos personajillos de mogollón. Todos te-

nemos la culpa de que se nos hayan encaramado, y bien merecido tenemos lo que nos pasa, por tontos, por architontos de capirote.

En las próximas elecciones debemos volver á elegir á los mismos.

Figúrense Vds. si clamaban con razón los revolucionarios por moralidad y legalidad. Antes, en los tiempos ominosos, las Cortes discutían á lo menos los presupuestos; ahora, que ya hay *legalidad y moralidad*, no se discuten nunca los presupuestos. ¿Para qué?... ¿Qué interés tiene eso, comparado con la grave cuestión de si es más liberalote Zorrilla que Sagasta?...

Caballeros, paciencia y barajar.

## CASCABELES

El Sr. D. José Puig y Llagostera nos ha remitido para su inserción copia del proyecto y proposición que entregó al señor ministro de Ultramar para mejorar la renta de aduanas de la isla de Cuba. Es un documento curioso, como todos los de su autor.

«Excmo. Sr.:

Animado por el natural afecto que á mi patria tengo y por la aversión profunda que la inmoralidad me inspira, he dado á V. E. esta mañana un buen consejo para moralizar en favor del Tesoro y de la producción del país las aduanas de Cuba, ya que es generalmente sabido que en su gran mayoría se mandan á la isla de Cuba los empleados de aduanas, más que para administrarlas, Excelentísimo señor, para enriquecerse en ellas. No importa que el agraciado no entienda alguna vez lo que es una Aduana, ni sepa apenas contabilidad, ni haya visto jamás un muelle; lo que importa es satisfacer así deudas y compromisos por influencias ó votos pasados ó futuros, que en este inmenso é inmoral mercado de la política estas son las transacciones naturales y los cambios corrientes que paga siempre el país, con notable detrimento del país y del Tesoro.

A fin de enmendar en esta parte tal extremo de inmoralidad, en ventaja del Erario, del comercio de buena fe y de la producción nacional, que ha de encontrar así en aquella isla el mercado que la defraudación le roba, he aconsejado á V. E. esta mañana el arriendo en una sola mano de las aduanas de Cuba, ya que el arrendarlas separadamente podría originar una competencia clandestina entre ellas que perturbaría el comercio y perjudicaría al país.

Pero como es tan fácil dar consejos, y hasta tan común, Excmo. señor, que en España por cada español hay un consejo, y como por lo tanto lo que falta no son consejos, sino hechos, ó cuando menos garantías, que respondan de la verdad y eficacia del consejo, voy á hacer á V. E. una proposición de arriendo de aquellas aduanas, que garantice á V. E. y al país la eficacia y bondad del consejo que le he dado, y á mí de la maledicencia, porque ha de verse bien claro, y note V. E. bien esta circunstancia de mi proposición, que no voy con ella buscando, como tantos, una ganga que pague el país, sino la seguridad para el país de una operación ventajosa que para mí no deseo, pues sobrado tengo que hacer en mi casa propia.

Hé aquí ahora, Excmo. señor, las bases de mi proposición de arriendo:

—Con la garantía necesaria á satisfacción del gobierno, pero con la condición expresa de que se saque á pública subasta para que con la necesaria garantía se lo lleve quien dé más, ofrezco dar por tres años *medio millón de duros* más al año, que el promedio anual del producto líquido en el quinquenio que más hayan producido las aduanas de Cuba desde que en Cuba hay aduanas.

—Si se desea subastarlas por cinco ó seis años, ofrezco dar, pasados los tres primeros, *un millón de duros* más al año, sobre el medio millón ofrecido por los primeros tres.

—Los aranceles serán los mismos que rigen hoy, y las aduanas estarán intervenidas por el gobierno y por los particulares.

—Acepto, tales cuales son y con los mismos sueldos que hoy disfrutan, todos los empleados que hoy tiene allí el gobierno, y me obligo á no separar ninguno más que con formación de causa por ineptitud, desidia ó mala fe.

—El pago del arriendo, si el gobierno lo desca, lo haré por meses, por semanas, ó día por día por la parte alícuota que corresponda del total, en la tesorería de la Habana.

—No se me dará por esta proposición, que estoy pronto á formalizar con garantía, título, cruz, ni distinción de ninguna clase. Me contentaré con que se saque á subasta el arriendo, anunciándose con el tiempo preciso para que pueda hacer proposiciones el comercio de Ultramar.

Y ahora, Excmo. Sr., réstame sólo añadir á V. E. que pues los partidos y los partidarios acostumbra, y no debieran, pasar por el poder sin dejar en el país rastro fecundo alguno (porque el aumento de los gastos y de la deuda y un paso más hácia el caos no es rastro fecundo para el país), ruego á V. E. se sirva meditar seriamente, no con el criterio de partido, sino con la conciencia de español, la proposición que á V. E. hago, y resolver sobre ella del modo que como buen español le dicte su conciencia.

Madrid 21 de Octubre de 1871.—José Puig y Llagostera.—Excmo. Sr. Ministro de Ultramar.»

La Sociedad de seguros mútuos contra incendios de casas en Madrid, celebró el domingo último una junta general extraordinaria en el salón del Banco de España, insuficiente por cierto, á pesar de su gran capacidad, para el crecido número de propietarios que representan 1.800 millones de capital inscrito. El objeto de la convocatoria era resolver la cuestión de seguros respecto á los teatros y cuarteles, pues mientras el ayuntamiento, á nombre del teatro Español, y el empresario del de la Zarzuela han admitido sin repugnancia alguna las nuevas bases acordadas por la sociedad, los representantes de los otros cuatro coliseos de esta capital, ni se retiran ni aceptan aquellas, colocándose en un conflicto á la dirección, que en su vista dimitió su cargo, si bien no le fué aceptada la renuncia.

Después de una larga discusión, en la que tomaron parte los Sres. Alvarez, Peñuelas, Salaya, Chávarri, Pascual, Lastra, Garamendó y otros, y de las explicaciones de los Sres. D. Carlos Jimenez y Concha Castañeda, directores de esta Sociedad, se nombró una comisión de tres individuos de la junta general, que llenando los huecos de los funcionarios de la directiva que han dejado de ser socios y en unión de aquella arregle este asunto y se cite en breve á otra junta, para dar cuenta del resultado.

El acreditado editor D. Carlos Bailly-Bailliere acaba de publicar la primera parte del tomo tercero del *Tratado teórico y práctico de las enfermedades de los ojos*, por L. Wecker, traducido por D. Francisco Delgado y Jugo. Excusamos encarecer la importancia de esta obra, que debe ocupar un lugar preferente en la librería de todo médico instruido y que quiera estar á la altura de los conocimientos médicos de la época en esta parte de la ciencia.

En Villafranca hay 1.400 habitantes, y de ellos hay 1.300 con tercianas.

Pues, señores, con franqueza, me parece que no se puede ir á Villafranca por ahora.

¿Y cómo no se procura averiguar en qué consiste el mal estado sanitario de ese pueblo, y remediarlo prontamente?

Recibimos cartas de la Habana, diciéndonos que por allí no han llegado los dos paquetes de pliegos de *Los Niños*, que enviamos el 29 de Mayo último, certificados á Barcelona.

Tampoco han llegado á Barcelona.

Era director de Correos, cuando se remitieron dichos paquetes, el Sr. Balaguer, autor de las *plumas de gacela*, y de alguna composición catalana poco lisonjera para Castilla, según ha contado *El Imparcial*.

Este señor ha ascendido á ministro de Ultramar, y está en camino de ser nombrado vice-patriarca del partido progresista. La plaza de patriarca se le ha dado ya al de Logroño.

Dice un periódico progresista que mientras el partido progresista-democrático tenga sus hombres en el poder, la libertad no peligrará.

Puede, aunque lo dudo, que no peligre la libertad, pero por lo visto, y á juzgar por lo que ellos mismos dicen, peligran otras muchas cosas.

Digo, me parece á mí.

Pues, señor, leo en los pirotécnicos anuncios del *aceite de bellotas*, que este sirve para curar la disenteria y el reumatismo.

Esa es la panacea universal.

Lo que no debe curar el *aceite de bellotas* es la maderitis crónica de los que se lo creen.

Dice un periódico progresista que España entera quiere la conciliación de los progresistas.

¡Cál hombre, ¡cál Vds. creen que Vds. son España entera. Esta quiere que se vayan Vds. todos pronto á su casa, cantando bajito el himno de Riego, y diciendo: *tío, yo no he sido*.

¡Qué modestos son estos progresistas! Crean que España entera está enamorada de unos cuantos ignorantes, ambiciosos, etc., etc., etc.

Empleos que, si hubiera justicia en la tierra, debieran desempeñar los siguientes personajes excelentísimos señores:

Olózaga (D. Salustiano): primer jefe del felato de la puerta de Toledo.

Sagasta: en su carrera de ingeniero.

Balaguer: ayudante de cuarto grado del cuerpo de archiveros y bibliotecarios.

Montero Rios: juez de paz del distrito de la Inclusa.

Ruiz Zorrilla: secretario del gobierno civil de Guadaluajara.

Figuerola: escribiente en loterías (á condicion de que reformase la letra en la academia caligráfica de Gordó).

D. Venancio: escribiente temporero y meritorio sin sueldo en el ministerio de Hacienda.

Rojo Arias: la plaza inferior inmediata á la anterior.

Rivero: oficial de consumos.

Martos: sacristan mayor de la clase de seglares en la capilla de palacio.

Mata: médico, y basta.

Continuaremos otro dia dando á cada político el lugar que le corresponde. Si esto se hiciera, crean Vds. que habria ganado mucho el país para su tranquilidad y prosperidad.

Por supuesto que la mitad de los generales volverian á la clase de comandantes de reemplazo, y de los que han sido gobernadores civiles no sacariamos muchos que merecieran 4 ó 5.000 rs. de sueldo, con arreglo á sus méritos.

*La Igualdad* empieza así su número del domingo:

«Basta de farsa.»

Amigo, mientras haya politiquillos habrá farsa, no tenga V. duda. No puede haber otra cosa.

Dice *La Igualdad* que en ningun tiempo hubo tantas discordias, intrigas y miserias para elegir la *servidumbre* de palacio.

Y tiene razon.

Para desterrar todas esas intrigas, discordias y miserias, se hizo la *honrada* de Setiembre.

¡Qué farsa! ¡qué asco!

Dice *Las Novedades*:

«Unámonos todos al eminente patricio Ruiz Zorrilla.»

¡Já! ¡já! ¡já! basta que V. lo diga; en seguida nos vamos á unir todos á ese señorito.

Pero, hombre, ¡qué entusiasmo por la situación le ha entrado de pronto á *Las Novedades*!...

¡Y que todavía crea el pobre pueblo en los politiquillos!

Con que vayan Vds. á unirse á Ruiz Zorrilla; y si no, tiemblen Vds.

*Las Novedades* publica una relacion de los trabajos que ha pasado el partido progresista, que les digo á ustedes en verdad, que da ganas de llorar.

Yo no me puedo consolar desde que he leído el artículo del domingo. A bien que ahora se están despachando á su gusto los señoritos.

De la Habana hemos recibido ejemplares de la preciosa *Coleccion de poesias* de nuestro malogrado amigo D. Francisco Camprodon, que en paz descansa.

Componen un bonito volumen elegantemente impreso y con un retrato del poeta, grabado en acero.

Casi todas las poesias son nuevas, como que las escribió durante su permanencia en la Habana. Tambien las hay en catalan muy notables.

Creemos que los amigos de aquel buen poeta y excelente hombre de bien, se apresurarán á comprar este libro como recuerdo del que siempre fué tan cariñoso amigo de todos los escritores y tan amante de las letras y de su patria.

En nuestra administracion hay ejemplares á 20 reales y tambien se venden en la librería de Durán.

Las clases pasivas no cobran en Avila.

Figúrense Vds. lo que sufrirán en este tiempo tan frio, sin abrigo y sin comer.

Pero en cambio cobran la régia servidumbre y todos los progresistas de empuje.

En término de Hornachos (Badajoz) un número considerable de personas del pueblo de Llera entró en una propiedad particular, taló el arbolado y robó todo el fruto.

Me parece que estos bárbaros son de los más instruidos en el nuevo sistema social y político que nos predicaban los famosos oradores de los derechos individuales.

¡Anda! ¡anda! clases conservadoras, divertíos ahora, y no hagais caso de la que os están urdiendo, que ya llegará el dia de echar á correr, y decir ¡*sálvese el que pueda!*

Y en las próximas elecciones, ya lo sabeis, elegid á estos diputaditos de ahora otra vez, que ellos os darán el pago, ó no vayais á elegir á nadie y dejad el campo á los radicales y socialistas, que son todos unos.

Salud y petróleo.

El Sr. Robert, que vive en la calle de la Abada, fonda de Barcelona, núm. 9, está encargado de recibir las adhesiones de los que quieran pertenecer á la Sociedad de escritores. Hay que pagar 40 reales de entrada y 10 mensuales.

Me parece que con eso no se hará nada, y seria bueno reunir á los escritores todos y discutir los medios, que los hay, de que la Sociedad pudiera establecerse desde luego y empezar á cumplir su objeto.

Sin embargo, por mí no se descomponen nada, y ya he enviado mis cincuenta reales.

## ANUNCIOS

### LOS NIÑOS

REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO

DIRIGIDA POR

Don Carlos Frontaura

Se han publicado tres tomos, y ha comenzado la publicación del 4.º

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusión de bellos grabados.

En los tres tomos publicados aparecen las firmas de los hombres más eminentes de España.

Precios: en Madrid 12 rs. trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

Los tomos publicados se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la Administracion, plaza de Matute, 2.

### ACADEMIA DE CALIGRAFÍA

por el profesor F. de Semir,

CALLE DE LA ESTRELLA, 1, SEGUNDO.

Reforma de las letras cursivas por un método práctico, sencillo y breve. Caligrafía general con todos los caracteres y conocimientos que la forman. Clases para el dibujo lineal, de adorno, figura, lavado, etc., etc.

Horas de academia de ocho á diez por la mañana y de seis á diez por la tarde.

### CALZADO DE LAS FAMILIAS.

ZAPATERÍA DE SANZ

Calle de Latoneros, 12, (frente á la Cruz de Puerta Cerrada.)

El dueño de este acreditado establecimiento ha resuelto hacer una gran rebaja en los precios de toda clase de calzado, tanto de señora como de caballero, sin desatender por ello la buena calidad de la obra, su finura y elegancia.

#### Calzado para señora.

Botas lisas de rusel desde.	18 rs. en adelante.
Botas polonesas, de rusel, con puntera de charol, desde.	24 rs. id.
Botas fuertes, de chagrín legítimo, desde.	26 rs. id.
Botas polonesas, de rusel, con puntera de charol, y adornadas, desde.	28 rs. id.
Botas de color, llamadas de Pan y Toros (última novedad).	30 rs.

#### Calzado para caballero.

Botinas de chagrín, desde.	40 rs. en adelante.
Botinas de chagrín con puntera, de doble suela, desde.	46 rs. id.
Botinas de becerro mate, desde.	46 rs. id.
Botinas de charol, con cañas de satén ó de chagrín, desde.	48 rs. id.
Botinas de becerro frances, desde.	48 rs. id.
Botinas de becerro frances, de doble suela, desde.	50 rs. id.

#### Calzado para niños.

Hay una gran variedad de clases de calzado, para niñas y niños, á precios reducidos.

NOTA. Se hace toda clase de calzado á la medida, y según el capricho y necesidades de las personas que favorezcan este establecimiento, con un pequeño aumento de precio.—Tambien encontrarán un variado surtido en zapatillas de invierno y en zapatos de rusel y de cabra, para señora.

Cok del gas, 42 reales quintal; carbon de encina, 20 idem; peso exacto. Farmacia, 4, y tahona de las Descalzas, 6.

### ESPECIALISTA.

Se curan los ojos sin quemar ni operar.—Veintidos años de clinica en las capitales de Europa.—De 9 á 10, gratis á los pobres.—Plaza de Santa Ana, 12, principal. (j.)

MADRID.—1871.

IMPRENTA, CALLE DEL CÍD, 4. (BARRIO DE RECOLETOS.)